vecinos, y que por tenerlos Motecuhzuma por dioses les había enviado presentes, y que se maravillaban de Olintetl cómo no les presentaba algo. Y luego envió a Cortés cuatro pinjantes, tres collares y ciertas lagartijas de oro, una carga de ropa y cuatro esclavas que se recibieron para hacer pan. Había en este lugar el osario con multitud de calaveras y huesos de los hombres que se sacrificaban, y de allí adelante se vio lo mismo en todos los pueblos de la manera que estaba en esta ciudad de Mexico (como en su lugar decimos).

Parecerá barbaridad y grande simpleza la de estas gentes indianas en parecerles que los caballos y hombres que iban caballeros en ellos eran una misma cosa; pero aunque lo parece no lo es; porque lo que jamás se ha visto, cuando la primera vez se ve, no luego se conoce, en especial si son cosas dificultosas de entenderse; y así lo es ver a un hombre a caballo para aquel que nunca vio caballo, ni supo si era animal irracional o no; y en este error cayeron algunas naciones de el mundo, en aquella primera y rústica edad de él, cuando los hombres comenzaron a usar de este artificio en las guerras contra sus enemigos, los cuales, como jamás habían visto semejante animal y veían la figura de otro hombre como ellos encima, creían ser todo una misma cosa, y de aquí fingieron la figura de el centauro; diciendo ser medio hombre y medio caballo, como lo nota Celio Panonio en su *Colectánea*. Y no es maravilla que si estos indios creyeron ser una misma cosa, que como a cosa conjunta a la figura del hombre (que sabían que comía carne), le trajeren gallina al uno y otra, al otro y que como a cosa particular y fiera le temiesen, aunque después que se desengañaron también les hacían rostro a los de a caballo como a los de a pie y les tiraban golpes de espada como a los hombres; y si no véanlo en el caso que después sucedió en una contienda que tuvieron con los tlaxcaltecas donde cortaron las cabezas a dos caballos de un solo golpe; y aunque más feroces y espantables parecían vinieron al suelo muertos.

CAPÍTULO XXVII. *Determina el capitán Cortés venir a Mexico por la provincia de Tlaxcalla; y de una embajada que envió a la señoría de ella*

DESPUÉS DE HABER DESCANSADO Cortés con su gente en el pueblo de Olintetl, pasó adelante y trajo consigo veinte hombres de su casa para que le sirviesen de guía; y porque le había aconsejado que viniese por Cholulla (que eran confederados de Motecuhzuma) no se lo consintieron los cempoalles y le persuadieron que hiciese su jornada por Tlaxcalla, que eran sus amigos y que sería más seguro camino por allí. Habiendo andado algunas leguas llegó a un pueblo llamado Xacatzinco; envió cuatro cempoalles a los tlaxcaltecas con una carta y con un chapeo colorado verde obscuro de Flandes; y aunque sabía que no se había de entender la carta,

pareció que a lo menos conocerían que era mensajería, porque no hiciesen mal a los mensajeros, pues se había sabido que los tlaxcaltecas, informados del camino que a su tierra hacían los castellanos y que llevaban en su compañía indios tributarios de Motecuhzuma, como eran los cempoalles y los de Olintetl, se habían puesto en armas. Mandó Cortés a los mensajeros que dijesen a los señores de Tlaxcalla que había entendido de el señor de Cempoalla y de los demás de aquella comarca, que eran amigos y confederados suyos, las grandes guerras y enemistades que con tanta razón tenían con Motecuhzuma, de quien habían recibido muchos daños, y que él iba ante todas cosas para darles conocimiento del verdadero Dios, de parte de un grandísimo príncipe, y juntamente librarlos de la opresión de los culhuas mexicanos, y que les enviaba aquel sombrero, y juntamente con él, una espada y una ballesta para que viesen la fortaleza de sus armas con las cuales los pensaba favorecer. Y esto hizo movido de la admiración que se tuvo en Mexico de ver la ballesta y las otras armas castellanas. Esta embajada envió Cortés por consejo de los señores cempoalles que decían que los tlaxcaltecas eran muchos y gente belicosa, enemigos de Motecuhzuma, y que fácilmente sabida la confederación de los totonaques entrarían en ella. No pareció a Cortés excusar este recado pues en ello no aventuraba nada y hasta entonces había hallado verdad en los cempoalles; y en este lugar acabó Fernando Cortés de tener más cumplida relación de las cosas de Tlaxcalla.

Llegaron a Tlaxcalla los mensajeros con la señal que usaban para ser conocidos los que llevaban embajada. Avisaron desde la puerta; saliéronlos a recibir, lleváronlos a la casa de la república, diéronles de comer, juntaron el consejo, entraron los mancebos cempoalles y, hecha reverencia, les mandaron hablar. Y después de pasados sus comedimientos y las ceremonias del consejo (como adelante se dirá) dijo el uno: muy valientes y grandes señores, nobles caballeros, los dioses os guarden y den vitoria contra vuestros enemigos. El señor de Cempoalla y los totonaques se os encomiendan y os hacen saber, que de allá de las partes del oriente, en grandes acales han llegado unos dioses (que en su lengua llaman teutl) fuertes y animosos que les han ayudado y puesto en libertad contra la gente de Motecuhzuma; dicen que son vasallos de un poderoso rey y quellos quieren de su parte visitar y que os traen el verdadero Dios y os favorecerán contra vuestro antiguo y capital enemigo; y que para que veáis su fortaleza os traemos sus armas y esta carta y señal; dicen nuestros cempoalles que será bien que los tengáis por amigos, porque aunque son pocos valen más que muchos. Recibida la carta, el sombrero y las armas, Maxixcatzin, uno de los señores de la república, los mandó sentar, y dijo que fuesen bien llegados y que a los totonaques agradecían su consejo y holgaban de su libertad y agradecían a aquel gran teutl su voluntad y su presente y que se holgasen y descansasen porque habían menester tiempo para resolverse y deliberar acerca de la respuesta; y con esto se salieron los cempoalles acudiendo a ellos infinita gente a entender lo que llevaban; y como ellos, contando lo que habían visto de la valentía de los castellanos, de sus costumbres y de sus armas, diciendo cómo eran los caballos y todo lo demás, extendían y en-

salzaban las cosas, causaba a todos grandísima admiración y más a los que conferían esto con los pronósticos que tenían, que especialmente allí en aquellos días habían visto algunos prodigios, como temblores de tierra, cometas que por el cielo corrían de una parte a otra; cayéronse algunos ídolos que les causaron tristeza y espanto, por lo cual acudían mucho a los sacrificios.

Quedándose pues los señores de la república solos, habiéndose hecho unos a otros su cumplimiento, como entre ellos se usaba, Maxixcatzin, hombre de mucho juicio, reposo y de noble condición y bien quisto, dijo que de aquella embajada habían visto que los enemigos de su enemigo les aconsejaban que acogiesen a los extranjeros, los cuales, según su valor y la fortaleza de sus armas, más parecían dioses que hombres como ellos y que se ofrecían de ayudarlos contra Motecuhzuma, y que por tanto le parecía que les respondiesen que fuesen en buen hora a su ciudad, que en ella los recibirían con toda alegría, porque si ellos eran tan poderosos e inmortales como se decía, aunque les pesase entrarían en ella y harían cuanto les pareciese, y que Motecuhzuma había de recibir gran contento; y que se acordasen que sus antepasados les dijeron que vendrían ciertos hijos de el sol, en traje y costumbres muy diferentes y de lejas tierras, en grandes acales, mayores que casas y tan valientes que uno podría más que mil, que introducirían nuevas leyes y costumbres y que vendrían enviados de un gran señor, al cual un poderoso Dios favorecía y ayudaba, y que le parecía que aquel tiempo era llegado y que para creerlo entendía que eran bastantes los prodigios y señales que habían tenido; y que ésta era la causa con que se movía a aconsejar que de buena gana recibiesen aquellos teules, porque de otra manera, demás de el mucho daño que había de recibir la república, su corazón le decía que entrarían en la ciudad aunque les pesase, por mucho que se lo quisiesen resistir. A todos pareció bien el consejo de Maxixcatzin por el gran crédito que tenía; pero respondiendo Xicotencatl, uno de los cuatro señores que en aquella república tenían la suprema autoridad, que era muy viejo y autorizado por su mucha experiencia y ancianidad, dijo que el hospedar a los forasteros era precepto de los dioses, cuando no iban a hacer daño, y que por la mayor parte los pronósticos solían salir inciertos ni a ellos se debía dar crédito; y que cuanto a la valentía de aquella gente no sabía lo que se diría de nación que tenía tanta opinión como la tlaxcalteca, sino entendiendo para lo que eran aquellos pocos extranjeros, a los cuales tan ligeramente, yendo armados, los metían en su casa; porque si los hallasen mortales no los habrían engañado; y si inmortales y más poderosos, a tiempo serían de reconciliarse con ellos, porque según la relación que se tenía, no le parecían hombres, sino monstruos salidos de la espuma de la mar y más necesitados que ellos, pues como se decía, iban con ciervos grandes comiendo la tierra, pidiendo oro, durmiendo sobre ropa y gustando de deleites; y que creía cierto que la mar no los habiendo podido sufrir los había echado de sí; y que si aquello era verdad (como lo tenía por cierto), qué mayor mal podía acontecer a su patria que recibir en ella por amigos tales monstruos; y que en una tierra de tanta esterilidad

(que aun sal no tenían y se mantenían con tanta pobreza por defender su libertad) viniesen ahora a meter voluntariamente quien les hiciese tributarios y comiesen cuanto tenían; y que por tanto aconsejaba que aquella invencible nación se defendiese, en lo cual se ofrecía de ser el primero que pelease o muriese por la religión, por la patria, por los hijos, por las mujeres, por la honra y nombre de Tlaxcalla, tan famoso en toda la tierra.

Por esta diferencia de opiniones nació gran murmullo, porque los mercaderes y gente quieta seguían la opinión de Maxixcatzin; los soldados la de Xicotencatl; pero Temilotecatl, otro de los cuatro señores, dijo que le parecía se enviasen embajadores al capitán de aquella nueva gente, que con graciosa respuesta le dijesen que en aquella ciudad sería bien recibido y que entre tanto, pues había gente apercibida, le saliese al camino Xicotencatl el Mozo, hijo de Xicotencatl el Viejo, que era uno de los capitanes mayores de la cabecera con los otomíes, y hiciese experiencia de lo que eran aquellos a quien llamaban dioses, y si los venciesen, Tlaxcalla quedaría con perpetua gloria, y si no se daría la culpa a los otomíes como bárbaros y atrevidos. Y pareciendo a todos bien este consejo, ordenaron que se pusiese luego por obra. Mandaron llamar a los mensajeros cempoalles, dijéronles que estaban determinados de recibir bien aquellos dioses; y con ocasión de cierto sacrificio los detuvieron y prendieron por dar tiempo a que su capitán Xicotencatl pudiese salir al encuentro a Fernando Cortés, y gobernase en la respuesta conforme a los efectos que hiciese, la cual no podía diferirse atento a que por las nuevas que tenían de los extranjeros, tenían la gente apercibida. Antonio de Herrera, como no hace distinción de estos xicotencas, padre y hijo, confunde sus oficios y hace cabecera y capitán general, en confuso, a uno solo. Pero la verdad es que Xicotencatl el Viejo era el señor de su parcialidad y cabecera y el Mozo era capitán y no general (como también dice él mismo) porque este título era de Maxixcatzin.

CAPÍTULO XXVIII. *De cómo Motecuhzuma mandó a sus hechiceros y encantadores ir contra los españoles para que por medio de sus encantamentos y hechicerías los detuviesen y hiciesen volver a sus tierras*

LOS HOMBRES CIEGOS Y QUE CARECEN DE FE, como viven engañados de el demonio, tienen creído ser los encantamentos y supersticiones cosas tan eficaces y verdaderas que no dudan su poder y fuerza; y así eran y son entre los infieles estos hechiceros y encantadores sobre manera estimados, y no sólo son permitidos, pero con autoridad pública muy honrados y engrandecidos. Arnobio,[1] en su primero libro, les atribuye muchos y muy grandes efectos, diciendo: que necesariamente suceden todas las cosas que ellos pretenden. También Juan Sarisberiense,[2] que por per-

[1] Arnob I. 5, contr. Get.
[2] Juan Sarisb. li I, Polycrat. c. 10.